

Sobre la historiografía actual

ANTONIO MORALES MOYA

Departamento de Historia Contemporánea
Universidad Complutense. Madrid

I

Los progresos cumplidos por la historiografía universal después de la Segunda Guerra Mundial y la brillante expansión de la española a partir de los años sesenta explican la complacida visión del presente y la abierta esperanza hacia el futuro por parte de casi todos los historiadores que en los últimos tiempos han reflexionado sobre su disciplina: «Para cualquiera que vuelve la vista al estudio precedente, el hecho más sorprendente es el progreso de la ciencia histórica en los últimos quince o veinte años. No sólo hay que destacar la rapidez del avance, sino también la amplitud del frente por el que ha seguido su camino, especialmente por contraste con la paralización —no, por supuesto, en lo que se refiere al volumen, que creció a una velocidad asombrosa, sino en cuanto a la concepción intelectual— de los cincuenta años anteriores», escribe Barraclough¹, y Eiras Roel subraya que «los grandes logros se avizoran hacia el horizonte del porvenir»².

Quizás haya que precaverse, sin embargo, de un excesivo optimismo. La utilización de la Historia por el poder político como fuente de legitimación y justificación constituye un fenómeno apreciable, como señala Bernard Lewis, «de manera ininterrumpida desde las más antiguas inscripciones rupestres, pasando por las crónicas medievales y los modernos textos escolares, hasta la mitología oficial que hoy por

¹ Geoffrey BARRACLOUGH: «Historia», en *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales. Antropología, Arqueología, Historia*, Tecnos/Unesco, Madrid, 1981, p. 555. El título original es *Tendances principales de la recherche dans les sciences sociales et humaines*, parte II, Unesco, 1978.

² Antonio EIRAS ROEL: «La enseñanza de la historia en la Universidad», en *Once ensayos sobre la Historia*, Madrid, 1976, p. 202.

hoy se presenta con carácter de historia en la Unión Soviética»³, pudiendo, incluso, hablarse actualmente de un florecer de la «historia inventada en estrecha relación con el auge del sentimiento nacionalista en los pueblos del Tercer Mundo, en los que la inestabilidad política parece ir acompañada del caos historiográfico. El pasado se reescribe en función de las necesidades del momento e, incluso, se plantea, como en el caso de las Historias de Africa y de Asia, no ya el problema de su «invención», sino el de la propia entidad de su objeto: «No fue sino hasta la época moderna —escribe Lewis— cuando la influencia europea —primero por medio de la fuerza y luego a través de la ciencia— persuadió a los habitantes de Asia y de Africa de que eran asiáticos y africanos, y que tal circunstancia revestía cierta significación política e histórica. No obstante, incluso ahora, la división resulta artificial y engañosa (...) ocuparse de la historia de Africa o de Asia en nuestros días implica tropezar con variados y muy notables ejemplos del triunfo de la ideología sobre la realidad y de la voluntad sobre los hechos»⁴.

Por otra parte, parece claro que el indisputado dominio que la denominada «Historia científica» ha venido ejerciendo durante los últimos treinta años empieza a cuartearse y que nuevos o renovados temas, perspectivas y métodos se están abriendo camino, empezando por la propia forma de escribir la Historia, al ser patente, como ha puesto de relieve Laurence Stone en un magistral artículo, inspirador, en buena medida, de las páginas que siguen, la vuelta a la historia narrativa: «Or j'entrevois à divers signes qu'un courant de fond aspire bien des "nouveaux historiens" signalés et les fait refluer vers une manière de narration»⁵. Una nueva escritura histórica resulta necesaria si se quieren expresar, por ejemplo, imágenes o emociones, aspiración imposible de cumplir con el actual lenguaje «científico», no digamos con el lenguaje «de madera» del marxismo, pero a la que no tiene por qué renunciar el historiador⁶. Dar cuenta de la nueva situación, promover la reflexión sobre la actual historiografía, pudieran no carecer de utilidad en un ambiente científico como el nuestro, distante de los modelos culturales avanzados, tardíamente permeable a las nuevas corrientes y en el que no faltan signos de autocomplacencia,

³ B. LEWIS: *La Historia recordada, rescatada, inventada*, México, 1979, p. 69. Cfr. J. H. PLUMB: *La muerte del pasado*, Barcelona, 1974, pp. 23 y ss.; y Jean CHESNEAUX: *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*, México, 1981, pp. 29 y ss.

⁴ *Ibidem*, pp. 124-125.

⁵ Laurence STONE: «Retour au récit ou réflexions sur une nouvelle vieille histoire», en *Le Débat*, 4 (Septembre, 1980), p. 117. Este trabajo se publicó por vez primera en *Past and Present*, 85 (november, 1979).

⁶ Cfr. la crítica de Jacques Nobécourt a Saul FRIEDLÄNDERS «Les signes du nazisme», en *Le Monde*, 8, abril 1982.

de excesiva sumisión al imperialismo, «absorbente primacía»⁷, de la historia social, al influjo excluyente de una concepción determinista a partir de las fuerzas materiales, ya se trate de un marxismo tendente a convertirse en ideología académica, ya de un sociologismo, derivado más o menos conscientemente del marxismo, que enquista los hechos, reducidos a mera justificación, en el sempiterno esquema: «Economía, sociedad, civilización»⁸. A veces se tiene la sensación, como ha escrito Goulemont, de que casi todo el mundo practica un marxismo envilecido⁹, siendo harto frecuente encontrar trabajos históricos que parten acriticamente de supuestos marxistas, más o menos conscientemente asumidos, agregan un «corpus» no pocas veces valioso, y terminan con unas conclusiones no derivadas de dicho «corpus», sino de las premisas, es decir, predeterminadas.

II

La controversia entre positivismo e idealismo concluyó a fines del pasado siglo, en un compromiso: «En teoría, la mayoría de los historiadores aceptaron la posición idealista con su clara distinción entre historia y ciencia y con el acento que ponía en la intuición (*Erlebnis*), como los principales medios de los que disponía la Historia para dominar el pasado; pero en la práctica, su metodología se basaba en el presupuesto positivista de que los dos principales objetos de la investigación histórica son el descubrimiento de los «hechos nuevos» y la eliminación del error por medio del ejercicio de la «crítica histórica»¹⁰. El historicismo representará en su versión «absoluta» —hay otras concepciones del historicismo, como la de Popper, a la que me referiré más adelante¹¹—, junto a la acertada crítica del «exagerado cientifismo y naturalismo» de la producción historiográfica positivista, una aceptación definitiva, con riguroso apoyo filosófico —Dilthey— de la reducción de la historia, al centrarla en lo individual y específico, lo irrepetible, abandonando la construcción de modelos abstractos de interpretación de la realidad, de generalizaciones que quedaban reservadas a las ciencias de la naturaleza, a la vez que, privilegiando la intuición como método de acercamiento a la realidad histórica, «compre-

⁷ José M.^a JOVER: «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», en *Once ensayos...*, p. 238.

⁸ Cfr. Alain BESANÇON: «Sur trois idées reçues en matière d'histoire russe et sur trois genres d'histoire», en *Commentaire*, 10 (eté 1980), pp. 252-253.

⁹ Cfr. Jean Marie GOULEMONT: *Discours, Révolutions et Histoire*, París, 1975, p. 21.

¹⁰ Geoffrey BARRACLOUGH: *Op. cit.*, p. 229.

¹¹ Cfr. Jerzy TOPOLSKY: *Metodología de la Historia*, Madrid, 1982, p. 110, nota 9.

sión» frente a «explicación», acabaría abriendo paso al subjetivismo y al relativismo ¹².

La reacción habría de producirse a partir del impacto del pensamiento marxista y de la influencia de las ciencias sociales ¹³. Una nueva historia, una «historia científica», en expresión de Stone, intentará «alinear la historia con las ciencias sociales como la ciencia temporal del hombre» ¹⁴, diversificada, fundamentalmente, en tres corrientes, no fundadas en datos nuevos, sino en nuevos métodos o modelos: el modelo económico marxista, el modelo ecológico-demográfico francés y los métodos «cliométricos» americanos, cuyo apogeo debe situarse entre los años 1930 y 1950, 1950 y mediados de 1970, y 1960 y comienzos de 1970, respectivamente ¹⁵.

Coincidentes en afirmar la primacía de la infraestructura, al considerar las condiciones materiales como las fuerzas motrices de la sociedad y reducir los hechos políticos y culturales, en el más amplio sentido, a superestructuras, en la convicción de que una metodología científica podría aportar soluciones a los grandes problemas históricos, y, generalmente, en un tipo de escritura histórica estructurado en un dispositivo jerárquico que coloca en primer lugar los hechos demográficos y económicos y en último término los fenómenos intelectuales, religiosos y políticos ¹⁶, los modelos señalados de historia «científica», divergen, por lo demás, ampliamente entre sí.

Según el modelo marxista, la teoría materialista de la historia constituye un «corpus» de conceptos que permite analizar científicamente las distintas sociedades y sus leyes de funcionamiento y desarrollo. Marx y Engels serían los fundadores de una nueva ciencia allí donde no había más que filosofía o empirismo. Un «nuevo continente» científico —en términos de Althusser—, la Historia, quedaba así abierto al conocimiento científico: la teoría general del materialismo histórico es la ciencia de la historia. Los cambios en las relaciones de producción, derivados de los diferentes estadios del desarrollo de las fuerzas productivas, «estructura económica» de la sociedad, «base real sobre la que se asienta la superestructura legal y política y a las que corresponden las distintas formas de conciencia social», traducidos dialécticamente en un conflicto de clases, determinan transformaciones más o menos radicales de toda la superestructura, de acuerdo con leyes del desarrollo histórico ¹⁷ —lo que supone una concepción endógena del

¹² Cfr. F. MEINECKE: *Génesis del historicismo*, México, 1943; H. RICKERT: *Ciencia cultural y ciencia natural*, 4.º ed., Madrid, 1965, y Manuel CRUZ: *El historicismo. Ciencia social y filosofía*, Barcelona, 1981.

¹³ Cfr. BARRACLOUGH: *Op. cit.*, pp. 349 y ss.

¹⁴ G. BARRACLOUGH: *Op. cit.*, p. 413.

¹⁵ Cfr. L. STONE: *Op. cit.*, p. 119.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 121-122.

¹⁷ Cfr. Jerzy TOPOLSKY: *Op. cit.*, pp. 167 y ss.

cambio social— subyacentes bajo la evolución de la Historia, que eslabonan períodos sucesivos, definidos por los «modos de producción». Las relaciones de clase que fundamentan un sistema social son independientes de la voluntad de los individuos. No es posible reformar el sistema capitalista. Cabe, sí, interpretar el desarrollo social, advertir el inevitable triunfo del socialismo a partir de la acción histórica y ayudar a que se produzca, de donde surge una moral: «la actitud más razonable es la de acomodar el propio sistema de valores a los cambios futuros (...) lo moralmente bueno es lo moralmente progresivo; es decir (...) lo que va por delante de su tiempo al acomodarse a aquellas normas de conducta que serán adoptadas en el período por venir»¹⁸.

El segundo modelo «científico» es el de la Escuela de los «Annales», cuyo portavoz, «assez extrémiste», es Le Roy Ladurie, para quien «les variables decisives en histoire sont les changement d'équilibre entre fourniture d'aliments et population, équilibre qu'on déterminera nécessairement par des études quantitatives, sur des longues périodes, de la productivité agricole, de l'évolution démographique et des prix alimentaires»¹⁹. Hay que hacer notar, sin embargo, que no cabe reducir a un historiador, siquiera tenga la relevancia de Le Roy Ladurie, la complejidad metodológica de la Escuela de los «Annales». Abierta a todas las Ciencias Sociales, desde su fundación por Bloch y Febvre, la Escuela ensanchó las dimensiones de la Historia y amplió la visión del historiador de forma excepcional, de ahí su éxito²⁰. Puede hablarse, incluso, de falta de sistema en sus hombres, carentes de una concepción común de la Historia, concebida, en frase de François Furet, como «un espace quasiment illimité de curiosités et de méthodes: oasis providentielle au sortir de l'historicisme stalino-marxiste dont nous venions de mesurer le pouvoir de mystification», por cuanto no pocos de entre ellos —Besançon, Le Roy Ladurie, Ozouf, Richet, Furet— tendrán como lazo de unión fundamental su juvenil militancia en el Partido Comunista, de la que conservarán «non seulement un trésor de souvenirs plus o moins coupables, mais un ensemble de références intellectuelles et politiques qui signe l'existence et la date d'une vaccination politique commune»²¹. Los «Annales», cuya ausencia de dogmatismo explica su actual vigencia²², marcarán profundamente a toda una

¹⁸ Karl R. POPPER: *La miseria del historicismo*, Madrid, 1971, p. 74.

¹⁹ L. STONE: *Op. cit.*, p. 120.

²⁰ Cfr. G. BARRACLOUGH: *Op. cit.*, p. 337; R. CASANOVA y F. HINCKER: *Introducción a SADOUL y otros: La historia hoy*, Barcelona, 1976, p. 8, y G. G. INGERS: *New Directions in European Historiography*, Middletown, 1975, pp. 43-79.

²¹ François FURET: «En marge des Annales. Histoire et sciences sociales», en *Le Débat*, 17 (diciembre 1981), pp. 113-114.

²² Cfr. la postura contraria a esta afirmación de Josep FONTANA LÁZARO: «Ascenso y decadencia de la Escuela de los Annales», en E. BALIBAR y otros: *Hacia una nueva Historia*, Madrid, 1976, pp. 109-127.

generación de historiadores, tal como resume Jacques Le Goff: « nous savons enfin pourquoi nous voulans être historiens. Grâce a Fernand Braudel et, pour moi que étais apprenti medievaliste sur tour grâce a Maurice Lombard, nous prenions conscience que l'histoire, c'est grand et profond; que tout lui est document: une carte, un morceau d'arme ou d'étoffe, un navire, une route, une lettre de change, autant que les textes traditionels; qu'elle a besoin de longue durée et des grands espaces, ces espaces vivants et charnus ou elle saisit diversements les produits et les hommes, et donc d'une géographie ouverte»²³.

El modelo « cliométrico » finalmente, ampliando el marco de la historia cuantitativa²⁴, tratará de dar rigurosas bases científicas a la generalización teórica a través de la construcción de modelos deductivo-hipotéticos que muestran la interrelación de los diversos elementos integrantes de la realidad estudiada, mediante fórmulas matemáticas y algebraicas, aplicables para verificar su validez, a multitud de datos, tratados por ordenador²⁵.

Como señalé anteriormente, la hasta hace poco indiscutible vigencia de estos modelos empieza a cuestionarse, a partir de la imposibilidad científica de fundamentar la explicación histórica en el determinismo económico o demográfico, o en cualquier otro determinismo, tanto más cuanto que en el propio ámbito de la naturaleza, la negación del azar, de la posible emergencia de lo « nuevo », no es, en definitiva, sino un postulado metafísico²⁶. También por las limitaciones evidentes del método climétrico: « nombreux sont ceux qui se demandent si l'on peut toujours faire fond sur les données historiques et donc elles répondent de la méthode elle-même; si l'on peut se fier a des équipes d'assistants pour appliquer un codage uniforme à des masse de document souvent fort divers et même ambigus; si l'on ne perd pas dans le codage une foule de détails décisifs; s'il est jamais possible de s'assurer que toutes les erreurs de codage et de programmation ont été élimines; et si, dans leur raffinement même, les formules mathématiques et algébriques ne finissent pas par s'annuler d'elles-mêmes, puisqu'elles deroutent la plupart des historiens (...) »²⁷, y de la demo-

²³ Jacques LE GOFF: « Une pratique de l'histoire », en *Histoire*, 1, *Enseigner l'histoire* (mars, 1979), p. 113.

²⁴ Cfr. Françait FURET: « Lo cuantitativo en Historia », en *Hacer la Historia*, bajo la dirección de Pierre Nora y Jacques Le Goff, vol. I, *Nuevos problemas*, Barcelona, 1978, pp. 55-73.

²⁵ Cfr. LEVY-LEBOYER: « The New Economic History », en *Annales*, E. S. C. XXIV, 5 (1969), pp. 1035-1061.

²⁶ Cfr. Henri ATLAN: « Postulats métaphysiques et méthodes de recherche », Debar sur le determinisme. Reponses a René Thom, en *Le Débat*, 14 (juillet-aout, 1981), pp. 83-89.

²⁷ L. STONE: *Op. cit.*, pp. 126-127.

grafía histórica²⁸, por la permanencia insoluble de los grandes problemas históricos, irreductibles a los progresos de la «historia científica»²⁹, y por la crisis del marxismo³⁰, ideología cuya amplia recepción, aunque a distintos niveles, por la historiografía española actual obliga a una más amplia consideración.

III

No cabe duda de que el marxismo ha tenido un impacto evidente en la historiografía de nuestro tiempo: ha mostrado la necesidad de superar el nivel de la conciencia inmediata para analizar los fenómenos humanos, estimulando el estudio de los procesos económicos y sociales, ha puesto de relieve la importancia de la investigación sobre las clases sociales³¹ y, sobre todo, ha insistido en la necesidad de constituir una teoría histórica de las sociedades y de sus mecanismos de evolución. Mas es cierto, también, que su práctica histórica difícilmente supera el doctrinarismo —hay, desde luego, excepciones: recuérdese, por ejemplo, la revista inglesa, de importancia fundamental, *Past and Present*, cuyo marxismo inicial prudente, no dogmático, interpretativo, decayó hacia 1960, ante el influjo de las ciencias sociales³² —al aplicar una doctrina o sistema considerado en sí tan perfecto—, las frecuentes protestas acerca de su insuficiencia actual, el reconocimiento de sus amplias lagunas, los lamentos por su tergiversación por la política concreta, se plantean a partir de una ciega fe en sus posibilidades³³ —que suele considerarse que no necesita pruebas o bien que todas las pruebas deben conducir necesariamente a comprobarlo, y que es creciente la conciencia de sus puntos débiles a partir de un cambio

²⁸ Cfr. Felipe RUIZ MARTÍN: «La demografía histórica», en *Once ensayos...*, p. 131.

²⁹ Cfr. L. STONE: *Op. cit.*, p. 128.

³⁰ Cfr. François FURET: «Faut-il brûler Marx?», en *Le Nouvel Observateur*, 28 de julio de 1975, cit. por Franco CATALANO: *Metodología y enseñanza de la Historia*, Barcelona, 1980, pp. 234-235, y LINDENBERG: *Le marxisme introuvable*, París, 1974.

³¹ Cfr., por ejemplo, Paul Laurent ASSOUN: *Marx et la répétition historique*, P. U. F., 1978.

³² Cfr. James OBELKEVICH: «Past and Present. Marxisme et histoire en Grande-Bretagne depuis la guerre», en *Le Débat*, 17 (december, 1981), pp. 89-111.

³³ «Esta ideología existe: es el marxismo. No el marxismo falsificado, mezquino y puesto en conserva que siguen profesando los clérigos comunistas, sino el marxismo que empieza a superar la gran crisis de la mitad del siglo, el marxismo crítico, fiel a sí mismo y, por consiguiente, que se renueva permanentemente», concluye Gilles MARTINET, en *El marxismo de nuestro tiempo*, Barcelona, 1968. Cfr. también A. M. PRIETO ARCINIEGA: *La historia como arma de la reacción*, Madrid, 1976; Alberto J. PLA: *La Historia y su método*, Barcelona, 1980, y Pierre DAIX: «La Histoire a L'école du Parti», en *Histoire*, 1 (mars, 1979), pp. 147-155.

evidente respecto del clima ideológico de los últimos tiempos: «Le marxisme, enfant des lumières, perd son crédit —escribe Krzysztof Pomian—; bientôt, pour garder l'équilibre, il faudra même la défendre contre ses seides d'hier devenus ses détracteurs les plus impitoyables»³⁴.

No es posible, ciertamente, admitir el determinismo económico del materialismo histórico. En efecto, el marxismo, aunque, paradójicamente, se ha manifestado notablemente incapaz de resolver problemas de economía práctica, resulta una economía, quedando marcado, como reconoce Thompson, «en un estadio crítico de su desarrollo, por las categorías de la economía política (...) encerrado en el interior de una estructura estática, antihistórica»³⁵, al fundamentar lo social sobre lo económico: «La historia científica, que es para Marx idéntica a la ciencia social tomada como un todo —entiende justamente Popper— debe explorar las leyes de acuerdo con las cuales se produce el intercambio humano de materia con la naturaleza, debiendo ser su tarea central la explicación del desarrollo de las condiciones de producción. Las relaciones sociales sólo tienen significación histórica y científica en proporción con el grado en que se hallan vinculadas con el proceso productivo (...)»³⁶. Inspirándose en el universo conceptual del siglo XVIII, Marx rechaza la denominada por Rosanvallon «Ideología del capitalismo utópico»: Adam Smith, profundizando y extendiendo la noción de «mercado», concibe la sociedad, el tejido social, como constituido por intercambios económicos individuales, fuente de armonía, que hace innecesaria el Estado, pero Marx acepta, sin embargo, esta misma idea, despectiva hacia lo político, si la sociedad es lo que debe ser, es decir, si existe un puro intercambio entre las personas, sin mediaciones económicas, con lo que lo económico sigue en primer plano. No hay solución para el problema del poder y las libertades públicas —recuérdese el desprecio de Marx por las «libertades formales» frente a las «libertades reales»— si no es liberando al hombre de la tiranía económica, a través del productivismo comunista. En definitiva, se invierte el sistema liberal, mas siempre dentro de un esquema conceptual común en el que lo económico es lo determinante³⁷, de donde su incapacidad para hacer análisis rigurosos en términos no derivados de la economía.

No ha de extrañar, por consiguiente —y ello pone en cuestión su «progresismo»—, que el marxismo acepte aspectos fundamentales del sistema capitalista: la división del trabajo y, en general, la organiza-

³⁴ K. POMIAN: «Les avatars de L'identité historique», en *Le Débat*, 3 (juillet-août, 1980), p. 118.

³⁵ E. P. THOMPSON: *Miseria de la Teoría*, Barcelona, 1981, p. 102; cfr. también Cornelius CASTORIADIS: «Les divertisseurs», en *Le Nouvel Observateur*, 20 junio 1977, pp. 50-51.

³⁶ Karl R. POPPER: *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, 1981, p. 289.

³⁷ Cfr. Pierre ROSANVALLON: *Le capitalisme utopique*, París, 1979.

ción productivista, el culto al rendimiento y la eficacia³⁸, etc., con sus correspondientes dirección centralizada y burocratización, de donde se sigue el rechazo radical de cualquier otra posibilidad de desarrollo económico que se aparte de la «gran industria», cuando en rigor es más que dudoso que el desarrollo pase por la única vía de la industrialización³⁹. Como señala François Furet: «El mundo de hoy ofrece demasiados ejemplos de resistencias culturales a la generalización del modelo occidental de crecimiento económico para que el historiador no ponga en tela de juicio la problemática manchesteriana del progreso (o su inversión marxista), y no oriente su curiosidad hacia el análisis político ideológico de las sociedades del pasado»⁴⁰.

Mas, independientemente de sus vinculaciones profundas, a partir de su común genealogía, con el sistema capitalista, debe destacarse que no hay pruebas sólidas, más bien existen evidencias contrarias, que demuestren que la totalidad de las actividades humanas se reduzcan, aunque sea «en última instancia», a la economía, siéndole perfectamente aplicable a Marx la crítica que él mismo hace a Bruno Bauer en *La ideología alemana*, al reprocharle el afirmar sin demostrarlo que la política, el arte y la economía, se reducen, en «último análisis», a la religión⁴¹. Como señala Pérez Díaz, hablar de «determinación por la economía», constituye una fórmula de notoria ambigüedad: «Si lo que significa es que, dada una economía x, se obtiene o se deduce un sistema político y (a través de mecanismos causales que habrá que especificar), en este caso el uso del término "determinación" puede ser apropiado, pero la proposición es "falsa" —esto es, es incompatible (...) con la evidencia factual disponible—. Si lo que significa es que una economía x es una condición necesaria pero no suficiente para obtener o deducir un sistema político y (de modo que se requeriría que x apareciera en combinación con otros factores para producir el resultado y), en este caso, la proposición puede ser verdadera (...) pero el significado del concepto "determinación" ha sido debilitado hasta tal punto de que el uso del término en ese contexto resulta ser una fuente de confusión.» El marxismo intenta resolver el problema con una pretendida apertura antidogmática: determinismo económico, sí, pero en última instancia. Con ello, simplemente

³⁸ Cfr., para una crítica del «productivismo», Pierre CLASTRES: *La sociedad contra el Estado*, Barcelona, 1978.

³⁹ Cfr. N. GEORGESCU-ROEGEN: *La Science économique, ses problèmes et ses difficultés*, París, 1970, y J. ULLMO: «Recherches sur l'équilibre économique», en *Annales de l'Institut Henri Poincaré*, t. VIII, fasc. I, pp. 16-17 y 39-40, especialmente.

⁴⁰ François FURET: *Lo cuantitativo en historia*, p. 72.

⁴¹ Sobre la autonomía de la política, cfr. Julien FREUND: *Qu'est-ce que la politique*, París, 1965, especialmente, pp. 11 y ss. y 182 y ss., y acerca de la dificultad de verificar las proposiciones de las teorías económicas, Jurg NIEHANS: «Economics: History, Doctrine, Science, Art», en *Kyklos*, 34, 1981, pp. 165-177.

se desplaza el problema sin resolverlo, por cuanto «o bien hay antes o después un marco espacial y temporal preciso para validar esta proposición y entonces nos encontramos con nuestro problema inicial; o bien, no hay semejante contexto, y todo queda en una remisión, sea a un fin de la historia, o sea a una historia de su totalidad; y en este caso, la proposición puede haber servido en el pasado para ciertos propósitos pedagógicos (por ejemplo, para llamar la atención del investigador hacia la importancia de los factores económicos), pero no tiene valor explicativo alguno»⁴².

Cabe concluir que el simplismo, a veces exasperante, de las explicaciones socioeconómicas de los fenómenos históricos, ha llevado, como observa Mircea Eliade, a la «banalización» de la Historia⁴³; que no hay «producción», sino hombres que producen, cuya realidad, a veces irracional: mentalidades, aspiraciones, angustias... no puede olvidarse; que el determinismo economicista hace desaparecer las relaciones causales, con lo que no es posible establecer pruebas empíricas de verificación⁴⁴; que el poder político no está ligado necesariamente a la propiedad de los medios de producción, antes al contrario, el poder político tiene un carácter fundamental y puede sobredeterminar el poder económico, por lo que su control resulta decisivo, siendo cierto que «la despectiva actitud de Marx hacia el poder político significa haber omitido no sólo el desarrollo de una teoría de la más importante fuente potencial de mejoramiento para los económicamente débiles, sino también la consideración del mayor peligro potencial para la libertad humana. Su ingenua presunción de que en una sociedad sin clases el poder del Estado habría de perder su función, "marchitándose", muestra bien a las claras que Marx nunca captó la paradoja de la libertad y que tampoco comprendió la función que el poder estatal podía y debía cumplir, al servicio de la libertad y la humanidad (...). Además, (...) lo que los marxistas llaman desdeñosamente "mera libertad formal", es decir, la democracia, el derecho del pueblo de juzgar y expulsar del poder a sus gobernantes, es el único medio conocido para tratar de protegernos del empleo incorrecto del poder político»⁴⁵... Olvidar todo esto lastra los mejores trabajos históricos de orientación marxista, aun cuando no es infrecuente, hoy día, que los historiadores inspirados en el materialismo histórico suavicen su determinismo ante la presión de lo real, con lo que su obra gana en calidad,

⁴² Víctor PÉREZ DÍAZ: *Estado, burocracia y sociedad civil. Discusión crítica, desarrollos y alternativas a la teoría política de Karl Marx*, Madrid, 1978, páginas 135-137.

⁴³ Mircea ELIADE: *Fragmentos de un diario*, Madrid, 1979, p. 184.

⁴⁴ Cfr. Salvador GINER y Juan SALCEDO: «La práctica ideológica de San Nicos Poulantzas», en *Teoría sociológica contemporánea*, dirección y prólogo de J. Jiménez Blanco y Carlos Moya Valgañón, Madrid, 1978, pp. 83-84.

⁴⁵ Karl R. POPPER: *La sociedad abierta...*, pp. 307-308.

o bien, tal es el caso de Thompson, crítico demoledor del stalinismo althusseriano y del marxismo-leninismo, sin renunciar a un formal dogmatismo, lo reduzcan a unas escuetas hipótesis básicas y le inventen una tradición abierta y hasta libertaria. Debe destacarse el rechazo del determinismo económico por autores radicales ex marxistas, como Castoriadis, para quien «la instauración directa de una nueva relación de dominación y de una nueva forma de poder con un nuevo grupo social (raza conquistadora, grupo político) crea e (impone) las relaciones de producción correspondientes a esta dominación y que les (permite) su reproducción social. Tal ha sido, probablemente, el origen de las sociedades esclavistas y, seguramente, el origen más frecuente de los regímenes feudales, y tal es el origen de los regímenes burocráticos contemporáneos en Rusia, en China o en Europa del Este»⁴⁶. Desde este punto de vista, un concepto como el de «dominación» resulta mucho más pertinente para el análisis social que el de «explotación», en último término fundado en aquél⁴⁷.

No menos difícil resulta la aceptación del cientifismo marxista. Nacido en una época que hizo de lo económico el eje de la vida, el marxismo, superando, en expresión de Topolsky, el «idiografismo objetivo»⁴⁸, se define como ciencia, es decir, pretende una validez «suprahistórica», a partir de la interpretación materialista de la historia, estableciendo unas leyes que rigen la evolución de las sociedades, eslabonando períodos sucesivos y determinando la transición de unos a otros⁴⁹, hasta desembocar en el socialista, cuyo advenimiento es científicamente profetizado. El marxismo afirmará, desde su raíz hegeliana, haber descubierto la mecánica histórica y pretende, con carácter excluyente —la pretendida superación del dogmatismo se refiere, en todo caso, a arrojar por la borda lastres insoportables o a simples aperturas metodológicas—, comprender «todo el proceso de la historia»⁵⁰. Así, el marxismo se autoinstituye, señala Clastres, «como el discurso científico sobre la historia y la sociedad, como el discurso que enuncia las leyes del movimiento histórico, las leyes de transformación de las sociedades que se engendran unas a partir de otras», pudiendo hablar, en este sentido, de todo tipo de sociedad real o posible, puesto que «con antelación conoce su principio de funcionamiento», incluso estando obligado a ello, «pues la universalidad de las leyes que

⁴⁶ Cornelius CASTORIADIS: «El régimen social en Rusia», en *Nada*, 1, 1978, p. 32; y Michael VOSELSKY: *La Nomenklatura, los privilegiados en la URSS*, Barcelona, 1981, especialmente pp. 29 y ss.

⁴⁷ Cfr. Cornelius CASTORIADIS: *L'Institution imaginaire de la Société*, París, 1975, pp. 29 y ss.

⁴⁸ J. TOPOLSKY: *Op. cit.*, p. 96.

⁴⁹ Cfr. K. R. POPPER: *La miseria del historicismo*, Madrid, 1961; J. TOPOLSKY: *Op. cit.*, especialmente pp. 216 y ss., y Georges LABICA: *Le Statut marxiste de la philosophie*, Bruselas, 1977.

⁵⁰ E. P. THOMPSON: *La miseria...*, p. 155.

describe no puede sufrir ninguna excepción»⁵¹, a riesgo de quedar reducido a lo que en realidad es, una interpretación económica de la historia y la sociedad, ni mejor ni peor, aunque quizá menos fértil que otras interpretaciones, la política, por ejemplo, fundada en un análisis de un determinado período del capitalismo —capitalismo de competencia—, cuya validez hay, en todo caso, que plantearla en relación con dicho período. Son, en efecto, los intentos de extrapolación tanto hacia sociedades precapitalistas o hacia el futuro socialista, las que privan al marxismo de cientificidad.

Ahora bien, como señala Myrdal, la fe implícita en la existencia de un cuerpo de conocimientos científicos adquiribles al margen de cualquier valoración sólo corresponde a un ingenuo empirismo: «Para que los hechos se organicen formando conceptos y teorías no es suficiente con observarlos; en realidad fuera de una estructura conceptual y teórica no se dan hechos científicos, sino sólo un caos. En todo trabajo científico resulta imposible prescindir de un elemento apriorístico», por cuanto «antes de poder dar respuesta es necesario plantear preguntas. Y las preguntas son otras tantas expresiones del interés que nos liga con la realidad del mundo. Por consiguiente, son valoraciones»⁵². Debe además, consignarse, con Popper, que aunque los esquemas evolucionistas, propios de un determinado momento histórico, la segunda mitad del siglo XIX, no están totalmente desprovistos de valor, resulta evidente que las llamadas «leyes de la evolución social» no pueden considerarse como leyes científicas: «La evolución de la vida sobre la tierra, o la de la sociedad humana, es un proceso histórico único. Este proceso, sin duda, tiene lugar de acuerdo con toda clase de leyes causales, por ejemplo, las leyes de la mecánica, de la química, de la herencia y segregación de la selección natural, etc. Su descripción, sin embargo, no es una ley, sino sólo una proposición histórica singular. Las leyes universales hacen afirmaciones que (...) conciernen a algún orden invariable; es decir, que conciernen a todos los procesos de una cierta clase (...), pero no podemos esperarnos el poder experimentar una hipótesis universal ni encontrar una ley natural aceptable para la ciencia si siempre nos vemos reducidos a la observación de un fenómeno único. Ni tampoco puede la observación de ese único proceso permitirnos el prever su desarrollo futuro»⁵³. Más que de leyes, se trata, comenta Bottomore, de compuestos de afirmaciones o interpretaciones descriptivo-históricas, que en el caso marxista expuesto describen el aumento de la tecnología y de las fuer-

⁵¹ P. CLASTRES: «Contra la antropología marxista», en *El viejo topo*, 34, julio 1979, p. 37.

⁵² G. MYRDAL: *The Political Element in the Development of Economic Theory*, cit. por Franco CATALANO, *op. cit.*, p. 39.

⁵³ K. R. POPPER: *Op. cit.*, pp. 134-135.

zas productivas, sin que, realmente, se apoyen en el establecimiento de correlaciones empíricas⁵⁴.

Desde el cientifismo economicista se explica la incompreensión marxista —patente ya en los «padres fundadores», como no ha mucho señalaba Goytisolo— hacia las culturas no europeas, incapaz de entender lo que, para Mircea Eliade, constituye el fenómeno capital del siglo xx: el descubrimiento del hombre no europeo y de su universo espiritual⁵⁵, que, so pena de vegetar en una infame ignorancia, deben seguir el modelo industrial socialista redentor.

Quizás, como observa Raymond Boudon, el error fundamental de Marx, de donde se originan todos los demás, deriva de la reducción, contra toda evidencia, del cambio social a los procesos endógenos, es decir, interiores al sistema social: «Cette prise de position métha-physique entraîne nécessairement que le déterminisme règne en maître et que l'histoire est asservie à des lois.» La realidad muestra, por el contrario, que el cambio social tiene una naturaleza endógena-exógena, con lo que las leyes de la Historia se desvanecen y la creación simbólica y la innovación institucional pasan a desempeñar un papel fundamental⁵⁶.

Una cuestión se nos plantea, inevitablemente, a la vista de lo expuesto: si los presupuestos esenciales del materialismo histórico no son demostrables, incluso existe la evidencia de que no son ciertos, si no cabe considerar al marxismo como ciencia, ¿cuál es la razón de su éxito, de su prestigio intelectual, tan extendido todavía —aunque en claro retroceso— en el mundo de la cultura, en el ámbito de la historiografía? Pueden aventurarse algunas respuestas:

— La preocupación teórica —por lo demás, sólo en parte científica, como diré luego— de los historiadores marxistas, lo que muchas veces no ocurre con los historiadores de filiación liberal o tradicional, por

⁵⁴ T. B. BOTTOMORE: *Introducción a la Sociología*, Barcelona, 1968, p. 37.

⁵⁵ «Tengo que decir en alguna parte que el fenómeno capital del siglo xx no ha sido —y, sobre todo, no será— la revolución del proletariado, como predecían los marxistas hace setenta-ochenta años, sino el descubrimiento del hombre no europeo y de su universo espiritual. Mostrar que la visión de Marx —el mesianismo del proletariado, la lucha final entre el bien y el mal, etc.— tiene sus raíces y encuentra su explicación en la teología judeo-cristiana; que está, pues, integrada en el horizonte histórico mediterráneo. Sería interesante ver lo que significaban para Marx las civilizaciones exóticas y tradiciones (primitivas), porque hoy empezamos a darnos cuenta de la nobleza y de la autonomía espiritual de estas civilizaciones. El diálogo con ellas me parece mucho más importante para el porvenir de la espiritualidad europea, que la renovación espiritual que podría aportar la emancipación radical del proletariado. Ya hemos visto qué «valores» nos ha revelado el proletariado. Nada que no fuera ya conocido por el espíritu europeo.» *Op. cit.*, p. 116.

⁵⁶ Raymond BOUDON: «Sur les avatars sociologiques de l'historicisme», en *Commentaire*, 9 (Printemps, 1980), p. 39; cfr. también Robert NISBET: *Social Change and History*, Nueva York, 1969.

sobrepasar los límites de la historia «évenementielle», por construir una «ciencia de la historia y de la sociedad», poniendo, en expresión de Commanger, «un orden en medio del caos»⁵⁷, e intentando la tarea, imposible aunque hunda sus raíces en una profunda aspiración del ser humano, de «hallar un patrón unitario en el cual esté simétricamente ordenada la totalidad de la experiencia, el pasado, el presente y el futuro, lo real, lo posible y lo incumplido». Marx, como Herder y Saint-Simon, Hegel, Spengler o Toynbee, pretenderá «trazar una estructura de la historia (...), descubrir el único y verdadero patrón al cual son susceptibles de ajustarse todos los hechos»⁵⁸.

— La capacidad del marxismo para dar un aparente sentido, en una época de crisis evidente de valores, a la tarea intelectual. Es, dice Mircea Eliade, «la gran tentación del espíritu, a la que muy pocos resisten»: se afilia uno «para salvarse», para permanecer en la vida, en la historia, «reconciliarse con su tiempo, superar la escisión entre la "absoluta infinitud" de la existencia interior y la "absoluta finitud" de la objetividad del mundo exterior»⁵⁹, y al atractivo emocional de esta «vieja y carcomida filosofía» se ha referido Popper⁶⁰. El marxismo parece resolver la escisión entre la teoría y la praxis, acerca «al intelectual progresista a la parte de la sociedad que hace la historia, las masas, el proletariado», pero, desde luego, difícilmente puede superarse el desconcierto espiritual de nuestro tiempo, desde una concepción de la moralidad como ideología al servicio de la dominación de clase y su necesaria sustitución por los «valores naturales», sin olvidar que el determinismo histórico niega la noción de responsabilidad personal. Las «leyes de la historia», como señala Molnar, «excluyen el mejoramiento individual o, más bien, lo ven como un corolario del interés y la realización colectivos, la sociedad no es juzgada ya por ellos en base a la obtención de libertad y a un auténtico desarrollo por el individuo, sino que, por el contrario, pesan el valor del individuo, de acuerdo con su aporte y sumisión a la sociedad»⁶¹.

— Su, aunque sectario, criticismo, tan conforme con la psicología del intelectual. En este sentido, se ha definido al marxismo por Franco Catalano, impropriamente, creo, pues elude su contenido dogmático, como procedimiento crítico y dialéctico: «antes que una ciencia histórica es la crítica de la concepción tradicional de la historia»⁶². Hay que preguntarse, sin embargo, por qué, con tanta frecuencia, el criti-

⁵⁷ Steele COMMANGER: *La Historia. Su naturaleza. Sugestiones didácticas*, México, 1967, p. 153.

⁵⁸ Isaiah BERLIN: *Lo inevitable en la historia*, Buenos Aires, 1957, pp. 97-98.

⁵⁹ Mircea ELIADE: *Op. cit.*, p. 124.

⁶⁰ K. R. POPPER: *La miseria...*, pp. 192-194.

⁶¹ Thomas MOLNAR: *La decadencia del intelectual*, Buenos Aires, 1972, p. 419.

⁶² F. CATALANO: *Op. cit.*, p. 65.

cismo de los intelectuales cede ante el propio marxismo o se amortigua o convierte en vagorosas lamentaciones, sin intentar nunca una crítica profunda al tropezar con los países de «socialismo real», esto es, marxistas.

El éxito intelectual del marxismo deberá encuadrarse dentro del triunfo de las filosofías radicales, que entre la *Enciclopedia* y las revoluciones de 1848, se convirtieron en la filosofía de la industrialización en sus etapas iniciales, ayudando tanto «a la burguesía a destruir el orden antiguo y sus cimientos espirituales», como al proletario «a desarrollar una conciencia y una disciplina propias»⁶³. Pero no resulta fácil explicar la denominada por Jean-François Revel «tentación totalitaria»⁶⁴, que ha llevado a tantos intelectuales, inducidos por el prestigio carismático del socialismo, a cerrar los ojos ante el carácter antidemocrático del marxismo: «desde Marx hasta el régimen soviético no se habló de permitir ninguna oposición, política o económica, ni siquiera se admitió que tal oposición pudiera tener una «raison d'être»⁶⁵; a desconocer las manifiestas afinidades entre marxismo y fascismo, tales como su odio a la democracia y al Estado liberal-burgués; a olvidar lo que recientemente ha recordado Popper, que Occidente no constituye un infierno capitalista, sino, pese a sus injusticias, la sociedad mejor y más justa que, hasta ahora, ha construido el hombre a despecho de una propaganda «de guerre» que es «tout simplement un mensonge contre lequel il faut se dresser, car il rand tant d'individus malheureux»⁶⁶, siendo, sobre todo, el mundo occidental, susceptible de reformas⁶⁷ y permitiendo, en todo caso, como ha subrayado Touraine, la desvinculación de los movimientos sociales respecto de la política. Recuérdese cómo sectores importantes de la «intelligentzia» occidental rechazaron durante mucho tiempo⁶⁸ toda crítica a la URSS: «la línea de razonamiento de Sartre en las páginas de *Les Temps Modernes* se desarrolló como sigue: El régimen soviético está muy lejos de la doctrina marxista-leninista. Con todo, los soviets guiarán a la humanidad hacia el progreso más verosímilmente que el mundo occidental. En consecuencia, debilita las fuerzas del progreso y robustece las del conservadurismo y la reacción. Mientras exista la

⁶³ Thomas MOLNAR: *Op. cit.*, p. 80.

⁶⁴ Jean-François REVEL: *La tentación totalitaria*, Barcelona, 1976.

⁶⁵ T. MOLNAR: *Op. cit.*, p. 83.

⁶⁶ «Entretien. Les chemis de la vérité. L'Express va plus de loin avec Karl Popper», *L'Express*, 1958 (26 février 1982), p. 85; cfr. asimismo «Le gauchisme, maladie sénile du comunime? Un grand débat Noam Chomsky-Claude Roy», en *Le Nouvel Observateur* (samedi 21 juin 1980), pp. 56-60.

⁶⁷ Cfr. F. VON HAYEK, comp.: *El capitalismo y los historiadores*, Unión Editorial, Madrid, 1974.

⁶⁸ Actualmente, esta postura empieza a cambiar. Cfr. COLLECTIF: *L'URSS vue de gauche*, P. U. F., 1982.

Rusia soviética, los enemigos de la clase trabajadora tendrán que estar a la defensiva. Desacreditada o derrotada la Unión Soviética, el proletariado perdería su única esperanza»⁶⁹. Recuérdese, como Pierre Naville llegaría a afirmar que la sociedad comunista «se fundará sobre el goce (*jouissance*) (...) que se convierte en una consideración primaria como finalidad de la organización social y económica»⁷⁰; cómo Merleau-Ponty caería en el más absoluto dogmatismo: «el marxismo no es simplemente una hipótesis que puede ser sustituida mañana por otra. Es la simple exposición de las condiciones sin las cuales no habrá una humanidad en el sentido de las relaciones recíprocas entre los seres humanos ni racionalidad en la historia... Más allá del marxismo, sólo se sueña despierto o hay aventuras...»⁷¹.

En la raíz de esta servidumbre del intelectual al marxismo vivida muchas veces de forma dramática, encontramos, sin duda, pasión vehemente por una justicia que debe realizarse aquí y ahora, utopismo orientado a una perfección extrahistórica y extrahumana, aislamiento en la sociedad burguesa y anhelo de solidaridad y camaradería, desprestigio de un pensamiento conservador carente del «elemento profético-popular que ha hecho del marxismo —para las masas y los intelectuales— más que una teoría; a un tiempo un sistema científico y una religión»⁷². Mas, existe también, afán de poder⁷³, elitismo, ese elitismo que invoca a las masas, permitiendo «al aspirante» a académico —como subraya Thompson— comprometerse en un inocuo psicodrama revolucionario sin dejar por eso de seguir una respetable y convencional carrera intelectual»⁷⁴, patente, desde luego, en el propio Marx: «Ser sabio es comprender la dirección en la cual se mueve inexorablemente el mundo, identificarse uno mismo con el poder surgente que se introduce en el mundo nuevo. Marx —y esto forma parte de su atracción para quienes son de una similar formación emocional— se identifica él mismo exultantemente, a su modo no menos románticamente que Nietzsche o Bakunin, con la gran fuerza que en su misma destructividad es creadora, y es recibido con perplejidad y horror sólo por aquellos cuyos valores son desesperadamente subjetivos, que escuchan sus conciencias, a sus sentimientos o lo que sus niñeras o maestros les cuentan, sin comprender las glorias de la vida en un mun-

⁶⁹ T. MOLNAR: *Op. cit.*, p. 129; Sartre representó, entonces, la justificación no marxista del stalinismo; cfr. la polémica acerca de este punto sostenida por Castoriadis y A. Gorz en las páginas de *Le Nouvel Observateur*, en los números correspondiente de 20 y 27 de junio y 4 de julio de 1977.

⁷⁰ P. NAVILLE: *De l'alienation à la jouissance*, cit. por T. MOLNAR, *op. cit.*, p. 120.

⁷¹ M. MERLEAU-PONTY: *Humanisme et terreur*, p. 165.

⁷² T. MOLNAR: *Op. cit.*, p. 217.

⁷³ Cfr. GEORGE KONRARD y JUAN SZELENY: *Los intelectuales y el poder*, Barcelona, 1981.

⁷⁴ Cfr. JEAN CHESNEAU: *Op. cit.*, pp. 204 y ss.

do que se mueve de explosión en explosión para cumplir el gran designio cósmico. Cuando la historia se tome un desquite —y todo profeta «enragé» en el siglo XIX mira hacia ella para que lo venga contra aquellos a quienes más odia—, el pobre, patético, ridículo, ahogado hormiguero humano será justamente pulverizado; justamente, porque lo que es justo e injusto, bueno y malo, es determinado por la meta hacia la cual tiende toda creación»⁷⁵. Resulta, además, atractiva una doctrina, simple, seductora por su sencillez, ante la confusión de los debates en las complicadas sociedades actuales y que reactiva la tendencia latente en el espíritu humano a la visión dicotómica⁷⁶.

— Su carácter de «ideología», entendiendo este concepto en el sentido en que lo hace Dumont: «un sistema de ideas y de juicios, explícito y generalmente estructurado, que sirve para describir, interpretar o justificar la situación de un grupo o de una colectividad y que, inspirándose ampliamente en unos valores, propone una orientación precisa a la acción histórica de ese grupo o colectividad»⁷⁷. Dicho de otra forma, es la justificación de un grupo que desde un sistema de valores trata de orientar la acción histórica de la comunidad, y que, en el supuesto de la ideología marxista, intenta mantener o conquistar el poder político utilizando, por encima de planteamientos coyunturales, todos los medios a su alcance: aplastamiento de las soberanías nacionales, eliminación total de las libertades, sofocación de cualquier forma de disidencia, acción política, legal o ilegal, acciones encaminadas al dominio cultural de la sociedad civil... En este sentido, Korsch, entre otros, relativiza el marxismo, considerándolo como una «mera ideología» que refleja una experiencia histórica, al mismo nivel que otras doctrinas sociales, como el «blanquismo», «bakunismo», etc., sosteniendo Habermas que «el marxismo ha llegado a desempeñar un papel como ideología del Estado del régimen autoritario de la Unión Soviética»⁷⁸ y, cabe agregar, al servicio de su política internacional: en último término, sin la existencia de un Estado soviético que pretende encarnar las enseñanzas de Marx, difícilmente los intelectuales marxistas hubieran alcanzado su nivel de influencia como intérpretes históricos del mundo⁷⁹.

Distinta de la ciencia, cuyos conceptos tienden a la claridad y la precisión, siendo sus proposiciones verificables, la ideología se cons-

⁷⁵ I. BERLIN: *Op. cit.*, pp. 33-34; cfr. también François LÉVY: *Marx, bourgeois allemand*, Grasset, 1976.

⁷⁶ Cfr. Emmanuel TODD: *El loco y el proletario*, Barcelona, 1982, pp. 101-102.

⁷⁷ Cfr. F. DUMONT: «Notes sur l'analyse des idéologies», en *Recherches sociographiques*, vol. IV, 2, 1963, pp. 155-165; e «Idéologie et savoir historique», en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. XXXIV (july-december), pp. 43-60.

⁷⁸ Göran THERBORN: «Jurgen Habermas: un nuevo eclecticismo», en *Teorema*, 6 (junio 1972), p. 77.

⁷⁹ Cfr. T. MOLNAR: *Op. cit.*, pp. 132-133.

truye a partir de formulaciones imprecisas, equívocas, que presuponen una interpretación establecida. Así, como señala Zinoviev, ningún concepto del marxismo satisface las reglas lógicas, ninguna de sus proposiciones puede ser científicamente verificada. No es tampoco el marxismo una religión. La religión exige una fe, la ideología prescinde de ella. Tal ocurre en la Unión Soviética, donde florece una ideología oficial en la que nadie cree ⁸⁰.

Incluso, el marxismo —ideología de dominación de una élite burocrática, como ya señaló Max Weber⁸¹— reviste un carácter mítico. Mircea Eliade ha subrayado lo que el marxismo tiene de «provincialismo mitológico»: «El concepto de ley natural heredado de los griegos ha sido abolido por el marxismo, y ha sido reemplazado por la Historia, es decir, la lucha de clases. Cualquier otro "universalismo" que el que será instaurado por la dictadura del proletariado está comprometido, peor todavía, está considerado como un obstáculo para la emancipación del proletariado. No creo, subraya, que se haya evidenciado, hasta ahora, que el marxismo reintroduce —en lugar de la Ley Natural— los provincialismos mitológicos anteriores a los estoicos. En lugar de una estructura universal y racional, tenemos ahora un mito, es decir, una "Historia ejemplar" elaborada por una clase social⁸², en un cierto momento histórico, en una cierta cultura, y proyectada como "la única verdad y el único destino posible". Es lo que llamo el "provincialismo mitológico". También las mitologías primitivas, incluso si no son más que la expresión de una tribu o de una provincia cultural, reivindicaban un valor universal. Todas las aldeas se encuentran en el "centro del Mundo". Todo jefe de tribu es un creador de Cosmos, etc. Miradas desde fuera, estas expresiones culturales son provincianas. Pero los marxistas no aceptan ser mirados "desde fuera". Están seguros de encarnar el único sentido posible de la Historia»⁸³.

El carácter ideológico del marxismo patentiza su debilidad como construcción intelectual. Su crisis, señala Lévi-Strauss, es, sobre todo, la crisis de una ideología que pretende explicar «un momento de la Historia y del devenir de la Humanidad mediante una sola ideología dominante. Una ideología puede parecer soberana, pero en realidad

⁸⁰ Alexandre ZINOVIEV: «Le statut social du marxisme», en *Commentaire*, vol. II, 8 (Hiver, 1979-1980), pp. 538-542.

⁸¹ Cit. por Wolfgang J. MOMSEM: «Max Weber y la crisis del sistema liberal», en *Papers*, 13, 1981, pp. 24-25; cfr. también François FETJÖ: *L'héritage de Lenin. Le Livre de poche*, Coll. Pluriel, 1978; Chantal DE CRISENOY: *Lenine face aux moujiks*, Seuil, 1978, y Alain BESAÇONS: *Les origines intellectuelles du leninisme*, Calmann-Lévy, 1978.

⁸² No parece acertada esta idea. El marxismo no ha sido elaborado por una clase social, el proletariado, sino por su pretendida vanguardia, intelectuales y políticos, aunque se partiera de una situación de manifiesta injusticia social para aquella clase.

⁸³ M. ELIADE: *Op. cit.*, pp. 234-235.

jamás reina sola»⁸⁴. Pero su carácter de ideología proporciona también al marxismo su fuerza fundamental. Se trata de una ideología con una finalidad política, encaminada en las sociedades occidentales a la conquista del poder, para lo que resulta esencial el dominio ideológico, especialmente en el ámbito de las ciencias humanas, ser marxista en biología o matemáticas —recuerda Clastres— es más difícil, casi logrado en ciertos momentos a partir de una sólida organización, amplios medios y, en última instancia, como dirían sus fieles, una gran potencia detrás: «Así hemos visto —escribe Furet— cómo el marxismo impregnaba la totalidad del pensamiento universitario, cómo pasaba de la enseñanza superior al liceo y cómo se convertía, en cierto modo, en un modo de pensar espontáneo para generaciones de estudiantes (...). Los profesores, los curas, los psicoanalistas, los editores, en síntesis: todas las autoridades culturales "legítimas" de Francia, se esforzaron por extender la autoridad de Marx a la comprensión de los más varios fenómenos»⁸⁵. Ello no impide la existencia de polémicas internas, disputas entre capillas por el monopolio de la verdad, caracterizadas, es lógico, se trata, a su vez, de lograr el poder dentro de su sistema por su extrema dureza.

No parece difícil demostrar esto. Una cosa es creer que la Historia no debe limitarse a ser una narración carente de vida, de alma, y que, como afirma Chombart de Lauwe, cultura e historia son fenómenos dinámicos, ligados a las transformaciones económicas y sociales⁸⁶, y otra muy distinta, partiendo de la duodécima tesis sobre Feuerbach: «Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo», convertir la teoría en un instrumento, en un arma semejante a los cañones o a las barricadas, al servicio de una práctica directa, tal como postulan Howard⁸⁷ o Martinet⁸⁸, que llega hasta la exigencia del compromiso político:

⁸⁴ Marco d'ERAMO: «Vuelta al mundo con Levi-Strauss», en *L'Espresso y Triunfo*, 1979.

⁸⁵ F. FURET: *Faut-il brûler Marx?*

⁸⁶ «Toda transformación de la sociedad pasa necesariamente a través de la cultura y de la historia, en la medida en que éstas presentan un proyecto de reorganización social y sugieren a los hombres cuál es el margen de que disponen para realizar y acelerar los procesos de transformación (...). La elaboración cultural-histórica permite realizar innovaciones profundas, en la medida en que permite ver desde una distancia crítica las situaciones vividas y, por consiguiente, ofrece una conciencia más clara de las exigencias que requiere un cambio de las antiguas estructuras.» P. H. CHOMBART DE LAUWE: *La culture et le pouvoir*, París, 1975.

⁸⁷ Cfr. D. HOWARD: «La theorie et la praxis de la theorie dialectique», en *L'Homme et la Société*, enero-febrero-marzo, 1974, y *The Development of Marxian Dialectique*, Shouthern Illinois University Press, 1972.

⁸⁸ «Es cierto que en los países altamente industrializados la Europa occidental, la perspectiva de la "gran noche" se ha convertido en mero mito. Pero no menos cierto es que no ganaremos la partida a menos que sepamos aprovechar hasta el fondo y sin vacilaciones todas las ocasiones que se nos presenten. Para

«En Antropología hay dos fuerzas motrices —escribe Godelier— si se puede decir así, que son el estructuralismo (...) y el marxismo (...) hay una línea divisoria fundamental: nosotros estamos comprometidos políticamente y ellos no, o si lo están, lo están con la derecha»⁸⁹, o, más radicalmente, a la militancia partidista: «De buena gana afirmo —clama rotundamente P. Levêque—, como Faraudjis, que todo buen historiador marxista es un buen militante. Son vínculos esenciales»⁹⁰.

La Historia se concibe, pues, como una trinchera desde la que se prepara el asalto al «mundo burgués»: «Teoría y práctica aparecen así como un todo en el que la teoría demuestra el error de una práctica equivocada y la práctica evidencia que la única teoría correcta es la que se demuestra en dicha práctica»⁹¹, sólo justificable desde la perspectiva de la lucha revolucionaria⁹², olvidando la experiencia de las sociedades socialistas «reales», ya suficientemente conocidas, pero respecto de las que el marxismo, esclerotizado y sacralizado por la «intelligentsia», pese a la incuestionable pérdida de vigencia de sus postulados fundamentales en la sociedad occidental de nuestro tiempo, ha sido incapaz de elaborar una explicación siquiera al mismo nivel intelectual al que se sitúa su crítica de la sociedad capitalista⁹³, y utilizando, con no poca frecuencia, una presión intelectual —es el consenso del grupo profesional el que dota de validez científica al discurso historiográfico, como señala Michel de Certeau⁹⁴— a la que no es ni fácil ni cómodo sustraerse⁹⁵.

IV

La crisis de la «historia científica», o de los modelos ecológico-demográfico, marxista y cliométrico, quizá más que de crisis cabría hablar de ruptura de un monopolio, ha hecho posible un panorama

eso se necesita algo muy distinto que la fiebre momentánea y el entusiasmo de un solo día: necesitamos una firme resolución, buena organización, mucha tenacidad y sobre todo una ideología sólida y coherente.» G. MARTINET: *Op. cit.*

⁸⁹ M. GODELIER: «Ser marxista en antropología», en *El viejo topo*, 34, p. 42.

⁹⁰ Cit. por F. CATALANO, *op. cit.*, p. 233.

⁹¹ A. M. PRIETO ARCINIEGA: «Prólogo» a Ch. PARAIN y otros: *Hacia una nueva historia*, Madrid, 1976, p. 6.

⁹² Cfr. Jean CHESNEAUX: *Op. cit.*, pp. 10-11 y 201 y ss.

⁹³ A. ZINOVIEV: *Op. cit.*, pp. 541-542. Cfr. también Edgar MORIN: «Le bruit et le message», en *Le Nouvel Observateur*, 27 juin 1977, p. 38, y Leonardo SCIASCIA: «Le prurit sous le peau de L'Histoire», en *Le Matin*, 27 janvier, p. 12.

⁹⁴ M. DE CERTEAU: «La operación histórica», en *Hacer la Historia*, vol. I, páginas 24-25.

⁹⁵ El mayor logro de los «nuevos filósofos» franceses: Levy, Lardreau, Jambet, Glucksmann..., ha sido, quizá, señala Savater, «el desenmascaramiento de los inquisidores que se han desatado contra ellos». Cfr. «Nuevos filósofos, viejos inquisidores», en *El País*, 31 julio 1977.

historiográfico más amplio en extensión y más rico en contenido. Como ha señalado Furet, la historia actual ha multiplicado sus formas de curiosidad, deviniendo histórico todo lo real⁹⁶, recogién dose en un libro reciente como objetos típicos de las nuevas apetencias de la Historia los siguientes temas «paradójicos ora en razón de su aparente intemporalidad, como el clima, el cuerpo, el mito, la fiesta; ora en razón de su inclinación por la historia inmóvil o camuflada: la mentalidad, los jóvenes; ora en razón de sus lazos con las ciencias nuevas y su desvío hacia la historia: el inconsciente del psicoanálisis, el lenguaje de la lingüística moderna, la imagen cinematográfica, los sondeos de opinión pública; ora en razón de su trivialidad nuevamente promovida a la historia: la cocina que da fe a la par de dos sectores de importancia creciente en el campo de la historia, el de la civilización material y el de las técnicas; ora, en fin, en razón del escandaloso trastorno de óptica que se les inflinge: el libro considerado producto de masas y no como producción de élite, ejemplo particular de la revolución cuantitativa en historia»⁹⁷. Stone subraya el interés creciente por los sentimientos, las emociones, los modelos de comportamiento, los valores, los estados de ánimo o las pasiones⁹⁸, bajo la considerable influencia de antropólogos como Evans-Pritchard, Clifford Geertz, Mary Douglas y Victor Turner⁹⁹. Importa destacar que la influencia de las ciencias sociales sobre los historiadores tiende a manifestarse no tanto en la rigurosa adopción de conceptos y de objetos de investigación, cuanto en una orientación general de su curiosidad¹⁰⁰, así como de una metodología interdisciplinar¹⁰¹.

La investigación histórica se renueva a través de movimientos como el de los «History Workshops», creación de una izquierda no vinculada a partidos políticos, en los que se intenta «democratizar» la práctica de una historia que se abre ahora al mundo extrauniversitario, y que, centrándose, especialmente, en la vida cotidiana de las gentes del pueblo, están creando una historia socialista con «rostro humano»¹⁰², de una «historia de la mujer» que ha alcanzado en Estados Unidos el

⁹⁶ F. FURET: «En marge des Annales», en *Le Debat*, 17 «décembre, 1981), p. 115, y *Le Nouvel Observateur* (14 abril 1980), p. 13.

⁹⁷ Jacques LE GOFF y Pierre NORA: *Hacer la Historia*, vol. I, pp. 10-11.

⁹⁸ Cfr. la magistral obra del profesor de Oxford Theodore ZELDIN: *Histoire des passions français (1848-1945)*. «Ambition et amour» (premier volume); «Orgueil et intelligence» (deuxième volume), Editions Recherches, 1978.

⁹⁹ L. STONE: *Op. cit.*, pp. 130-132.

¹⁰⁰ F. FURET: *En marge des Annales*, p. 126.

¹⁰¹ Jean Paul RESWEBER: *La méthode interdisciplinaire*, P. U. F., Croisées, 1976.

¹⁰² Cfr. James OBELKEVICH: *Op. cit.*, pp. 107 y ss. Similar carácter tiene el movimiento denominado «Forum-Histoire», que edita los *Cahiers du Forum-Histoire*, en el que se integran historiadores como Chesneaux o Dominique Kergall.

rango de disciplina autónoma, adquiriendo la amplitud de un movimiento nacional, y cuya integración en la Historia al uso puede suponer una revolución de trascendencia incalculable¹⁰³, de la recuperación de prestigio por parte del género biográfico¹⁰⁴, consecuencia de una renovada atención hacia el individuo, poderoso o humilde, brillante o ignorado, como atestiguan las obras, entre otros, de Symons, Trevor-Ropper, Ines Murat¹⁰⁵, Dominique Desanti¹⁰⁶, Rochefoucauld, Wolikow e Ikni¹⁰⁷..., de la micro-historia, en la que se combina el interés por los estratos inferiores de la sociedad y el cuidado de la individualización hasta ahora limitado a las élites sociales¹⁰⁸, desplazadas como centro de interés de los nuevos historiadores, atentos a la vida, los sentimientos, el comportamiento de los pobres, los desconocidos, los marginados...¹⁰⁹

Esta «nueva historia», no carente, por otra parte, de riesgos, la banalidad y la insignificancia no son los menores de entre ellos, ciertamente, acentúa la autonomía de las «superestructuras», de la cultura: «Bien des historiens —escribe Stone— pensent désormais que la culture du groupe et même le vouloir de l'individu sont en puissance des causes et des agents de changements au moins aussi importants que les forces impersonnelles de la production matérielle et de la croissance démographique. Nulle raison théorique ne saurait faire que celles-ci fassent invariablement la loi à ceux-là plutôt que le contraire, on peut même dire qu'il y a foison d'exemples du contraire»¹¹⁰, del derecho¹¹¹, y, sobre todo, de la política.

¹⁰³ Cfr. Joan W. SCOTT: «Dix ans d'histoire des femmes aux Etats Unis», en *Le Débat*, 17 (décembre, 1981), pp. 127-132.

¹⁰⁴ Cfr., para una defensa de la biografía frente al incomprensible desdén de nuestra historiografía actual, Carlos SECO SERRANO: «La biografía como género historiográfico», en *Once ensayos...*, pp. 107-117; cfr. también la crítica de Philippe Sollers al libro de F. LÉVY: *Marx, bourgeois allemand*, en *Le Nouvel Observateur* (6 décembre 1976), p. 91.

¹⁰⁵ Ines MURAT: *Colbert*, París, 1980.

¹⁰⁶ Dominique DESANTI: *Daniel, ou le visage secret d'une comtesse romantique, Maria d'Agoult*, stock, 1980.

¹⁰⁷ J. D. DE LA ROCHEFOUCAULD, C. WOLIKOW y G. IKNI: *Le Duc de la Rochefoucauld-Liancourt*, Librairie Académique Perrin, París, 1979.

¹⁰⁸ Cfr. Carlo GINZBURG y Carlo PONI: «La micro-histoire», en *Le Débat*, 18, pp. 133-136. En su interesante obra *El queso y los gusanos*, Barcelona, 1981, intenta Ginzburg demostrar la autonomía de la cultura popular frente a la de las clases dominantes.

¹⁰⁹ L. STONE: *Op. cit.*, p. 136. Julio Caro Baroja ha subrayado, con humor, el interés de una «interpretación cochambrosa de la historia», extensible a lo material y lo espiritual, a todos los estratos sociales, capaz de unir a personajes y situaciones muy apartadas entre sí en el tiempo y en el espacio. Cfr. *El País*, 15 abril 1979, p. 7.

¹¹⁰ *Ibidem*, p. 124.

¹¹¹ Cfr. Alexandre KOJÈVE: «La spécificité et l'autonomie du Droit», en *Commentaire*, 9 (Printemps, 1980), pp. 122-130.

Junto al cultivo, más o menos renovado de la Historia política tradicional¹¹², asistimos hoy día, como señala Marcel Gauchet, comentando el interés que vuelve a despertar un libro clásico, *The King's Two Bodies: A study in Medieval Political Theology*, de Ernst Kantorowitz, a la inversión del estatuto asignado a lo político: «Clasiquement tenu pour la part explicite et superficielle de l'activité collective, il devient son lieu obscur, si c'est ne le foyer par excellent de l'inconscient social», por cuanto, para entender el proceso histórico del mundo occidental «Il est une histoire du pouvoir a recomposer que conditionne la compréhension de ce processus sans précédent ni semblable dont nous sommes issus, dont on a cru s'assurer en le prenant par sons aspect le plus spectaculaire, le développement de la production ea des échanges, mais dont il s'avère que la specificité determinante, celle qui foermet d'en saisir la gèneralité comme phènomène de montée en puissance, est d'ordre politique»¹¹³. Otro historiador clásico, en primera línea de la actualidad, Norbert Elias, explica la dinámica de la sociedad occidental a través de la construcción del Estado Moderno. Su obra, por él mismo designada como «sociogénesis del Estado», afirmando la distancia frente a Marx, Freud y Weber, describe las modificaciones de las sensibilidades y los comportamientos entre los siglos XVI y XX, articulándolos con la construcción del Estado absolutista y la diferenciación de funciones sociales que ello supone¹¹⁴. Màrtin Malia construye su importante obra sobre la Revolución rusa¹¹⁵, centrándola en el poder, en las luchas por alcanzarlo, en las decisiones de los que lo detentan: allí se ve el centro de gravedad histórico de la sociedad, allí el destino de los grupos humanos...

En fin, en una parte importante de la historia que se está haciendo actualmente, resume Stone, resultan patentes los signos de evolución: «Quant au débat central de l'histoire: des circonstances qui environnent l'homme, on va vers l'homme dans les circonstances; quant aux problèmes étudiés: de l'économique et du démographique vers le culturel et l'affectif; quant aux sources primordiales d'influence: de la sociologie, l'économie et la démographie vers l'anthropologie et la psychologie; quant au sujet: du groupe vers l'individu; quant aux modèles explicatifs de la mutation historique: du stratifié et de l'unicausal vers le communicant et le multicausal; quant à la méthode: de

¹¹² Como lo prueba el éxito del libro de S. SCHAMA: *Patriots and Liberators: Revolution in the Netherlands, 1780-1813*, London, 1977.

¹¹³ Marcel GAUCHET: «De deux corps de roi au pouvoir sans corps. Christianisme et politique», en *Le Débat*, 14 (juillet-août, 1981), p. 134.

¹¹⁴ Cf. Roger CHARTIER: «Norbert Elias interprète de l'histoire occidentale», en *Le Débat*, 5 (octobre 1870), pp. 138-143; cfr. también Louis MARIN: *Le portrait du Roi*, Paris, Editions de Minuit, 1981, y Jean Marie APOSTOLIDES: *Le Roi-Machine, spectacle et Politique au temps de Louis XIV*, Editions de Minuit, Paris, 1981.

¹¹⁵ Martin MALIA: *Comprendre la Révolution russe*, Préface d'Alain Besançon, Paris, 1980.

la cuantificación del grupo hacia el ejemplo individual; cuanto a la organización: de lo analítico hacia lo descriptivo; y cuanto a la noción que se hace del rol del historiador: de lo científico hacia lo literario»¹¹⁶. Y junto al interés por el acontecimiento, por el hecho histórico específico —Duby dedica un estudio a la batalla de Bouvines¹¹⁷— contemplado como signo de la realidad o como «detalle que constituye excepción», o entendido como «designación de una relación»¹¹⁸, se recupera, lo que resulta, ciertamente, un alivio ante tanta exhibición de «compromiso», que, muchas veces no refleja, en el fondo, más que un interesado condicionamiento de la historia a fines políticos, el placer y la curiosidad como impulsos motores de un quehacer histórico¹¹⁹, que, como dijo March Bloch, tiene «sus propios placeres estéticos», entre ellos la cierta «voluptuosidad de aprender cosas singulares»¹²⁰.

Se ha dicho que la crisis de la «historia científica» no es sino un reflejo de una crisis, más amplia, de la razón y la ciencia: al menos se discute —o se niega— que la razón científica pueda fundamentar el principio integrador de una cultura¹²¹. Es posible que las nuevas tendencias historiográficas marquen, como dice Stone, el fin de una era: «celle où l'on essaya de fournir une explication cohérente et scientifique des évolutions passées»¹²². ¿Se «historifica» el discurso histórico, disolviéndose su objeto real en una «historia de los historiadores», debiéndose, más o menos transitoriamente, renunciar a una historia total que abrace al conjunto de la sociedad, como han apuntado Duby, Le Goff o Michel De Certeau, al valorar el impacto de la obra de Foucault sobre la historiografía actual? ¿Será la «historia científica» sustituida por la «historia conceptualizante» —«a través de la elaboración y crítica de los conceptos progresa poco a poco el análisis del

¹¹⁶ L. STONE: *Op. cit.*, p. 142.

¹¹⁷ G. DUBY: *Le Dimanche de Bouvines, 27 juillet 1214*, París, 1973.

¹¹⁸ Cfr. Michel DE CERTEAU: *Op. cit.*, pp. 46-47; A. CASANOVA y F. HINCKER: *Op. cit.*, pp. 30-32; Paul VEYNE: *Cómo se escribe la Historia. Ensayo de epistemología*, Madrid, 1979.

¹¹⁹ Cfr. Guy THUILLIER: «Sur le plaisir de l'historien», en *Commentaire*, 8 (Hiver, 1979-1980), pp. 603-606. Con su habitual estilo cáustico, Paul Veyne, otro ex militante del P. C. F., manifiesta, abruptamente, en su lección inaugural en el «Collège de France», que «L'Histoire est faite pour amuser les historiens. ¿Provocación? «Pas du tout! —dirá después— c'est fondamental! c'est un refus radical de l'esprit de sérieux! Pourquoi voulez-vous qu'on fasse de l'histoire, si ce n'est pas pour s'amuser, comme Nietzsche? Et à quoi cela peut-il bien servir d'autre? Les math n'ont jamais été faites que pour amuser les mathématiciens. Il est arrivé qu'en certaines circonstances elles servent à quelque chose. L'histoire, c'est pareil», en *Le Monde* (11 février 1977), p. 20. Cfr. también M. DE CERTEAU: «Paul Veyne et l'Histoire», en *Annales*, E. S. C. (novembre-décembre 1972) y *L'absent de l'Histoire*, París, 1973.

¹²⁰ March BLOCH: *Introducción a la Historia*, México, 1952, p. 12.

¹²¹ Cfr. Jean LADRIÈRE: *Les enjeux de la rationalité. Le défi de la science et de la technologie aux cultures*, Aubier, Unesco, 1977.

¹²² L. STONE: *Op. cit.*, p. 137.

mundo histórico»¹²³—, como postula Paul Veyne? ¿O por la «historia filosófica» —distinta de la «filosofía de la historia»¹²⁴— que intenta, según Besançon, «contruire une analyse qui fasse comprendre la suite des choses, qui persuade avec élégance qu'elles se sont bien passés ainsi, leur procure l'éclaircissement d'une explication, et ce faisant résout un problème?»¹²⁵ ¿Cabe, en definitiva, hablar de una ciencia de la Historia? Antes de afrontar directamente esta pregunta conviene hacer algunas observaciones.

a) *Imparcialidad del historiador*

En realidad, la imparcialidad del historiador debería consistir no tanto en la obviamente imprescindible buena fe, en el firme propósito de decir la verdad, sino, quizá, en el fin que se propone, o, más bien, en no proponerse finalidad alguna ajena al puro conocer¹²⁶. Esta concepción no tiene, actualmente, demasiada vigencia, por lo que produjo notoria agitación la afirmación de un científico —Premio Nobel— como Monod, cuando, recordando a Santo Tomás, sostuvo en la lección inaugural del Colegio de Francia de 1967 que el conocimiento es la única actividad que tiene su fin en sí misma¹²⁷.

A mi juicio, ésta es una aspiración noble, pero de muy difícil logro. Ante la muchedumbre de los hechos históricos, el historiador debe adoptar un punto de vista preconcebido para ordenar y seleccionar, y, como ya vimos, esta selección se hace desde valores personales, difícilmente es «inocente» (Myrdal).

b) *El problema del historicismo*

Empleo aquí el concepto de «historicismo» en el sentido en que lo hace Popper: un punto de vista sobre las ciencias sociales que supone que la predicción histórica es el fin principal de éstas, siendo este fin alcanzable por medio del descubrimiento de los «ritmos» o los «modelos», de las «leyes» o las «tendencias» que yacen bajo la evolución de la historia¹²⁸. Frente a esta concepción resulta necesaria una perspectiva, un punto de vista orientador para enfrentarnos con la Histo-

¹²³ Paul VEYNE: «La historia conceptualizante», *Hacer la Historia*, p. 101, y «L'Inventaire des différences», leçon inaugurale au Collège de France, Le Seuil, 1976.

¹²⁴ Cfr. G. BARRACLOUGH: *Op. cit.*, pp. 501 y ss.

¹²⁵ A. BESANÇON: *Op. cit.*, p. 253.

¹²⁶ P. VEYNE: *Cómo se escribe la Historia*, p. 87.

¹²⁷ Cfr. J. MONOD: *Lección inaugural. Collège de France. Chatedre de biologie moleculaire*, París, 1967.

¹²⁸ Cfr. *La miseria del historicismo*, p. 17. Cfr., sobre Popper, Jerónimo MARTÍNEZ: *Ciencia y dogmatismo. El problema de la objetividad en Karl R. Popper*, Madrid, 1980.

ria. El punto de vista que adoptemos, «materialista» o «espiritualista», por ejemplo, no tiene por qué ser excluyente respecto de otros, sino, simplemente, distinto¹²⁹. La realidad —hay que recordar aquí el «perspectivismo» de Ortega— es susceptible de ser contemplada desde enfoques muy distintos, y su plena comprensión —inalcanzable— la obtendríamos asumiendo —empresa utópica— todos los puntos de vista. Desde este planteamiento, cabe cuestionar seriamente cierto entendimiento de la «Historia total», concepto únicamente válido si por tal se entiende una historia planteada desde un determinado enfoque, aunque, sin duda, capaz de integrar una pluralidad de datos pertenecientes a muy varias dimensiones de la realidad.

En el sentido indicado, es posible interpretar la Historia, señala Popper, como una historia de la lucha de clases¹³⁰, de lucha de razas por la supremacía o del progreso científico o industrial. Interpretaciones históricas o puntos de vista todos ellos —podrían señalarse otros— importantes y, como tales, irreprochables, aunque, ciertamente, unos pueden ser intelectualmente más fecundos que otros. Lo que no es aceptable es la postura historicista de presentar alguno de ellos como único y necesario, es decir, elevarlo a rango de teoría y doctrina: la historia, toda la historia, sería así, por ejemplo, la de la lucha de clases¹³¹. El historicismo pugna con la evidencia. Debe añadirse que, establecido un principio selectivo, resulta siempre posible, dadas las particularidades de la investigación en las ciencias sociales, confirmarlo en la realidad, «por poco que lo deseemos», como dice Barel¹³². Mas de lo que se trata, por el contrario, es de buscar los hechos que pudieran desvirtuar la teoría o la interpretación: «de este modo, es la posibilidad de desecharla, su falibilidad, la que le otorga (...) carácter científico (...). Esta concepción del método científico se ve corroborada por la historia de la ciencia, la cual demuestra que las teorías (o las interpretaciones históricas)¹³³ son frecuentemente desvirtuadas por los experimentos, y es precisamente esta eliminación de las teorías inadecuadas...

¹²⁹ Cfr. Patrik GARDINER: *La naturaleza de la explicación histórica*, México, 1961, pp. 158 y ss.

¹³⁰ El mito de una historia movida por el radical e inevitable enfrentamiento de propietarios y desposeídos ha sido atacado recientemente por E. Todd, para quien «la atenta observación del desarrollo de Europa, desde la Edad Media, revela una fuerte —por no decir absoluta— correlación entre estructuras complejas, estratificadas, ternarias, y fenómenos revolucionarios. O dicho más claramente: detrás de cada ruptura violenta del consenso social se perfila la discreta sombra de una clase media numerosa, acomodada o miserable». *El loco y el proletario*, p. 57.

¹³¹ K. R. POPPER: *Op. cit.*, p. 183.

¹³² Yves BAREL: *Comunicación paradójica y reproducción social*, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, Curso de Teoría de la Comunicación, Santander, julio, 1981. Trad. de José Avello Flórez (en curso de publicación).

¹³³ N. del A.

cuadas lo que constituye el verdadero vehículo del progreso científico»¹³⁴.

c) *Ambivalencia y contingencia*

Creo que tiene interés, por cuanto se adecuaba a la realidad social, la adopción por el historiador de un cierto relativismo, que no escepticismo, mediante la asunción de dos nociones, como son las de ambivalencia y contingencia.

La primera de ellas, poco desarrollada, viene a significar el implícito reconocimiento de las contradicciones presentes en la existencia humana y en la dialéctica de los valores sociales¹³⁵. Cabría aplicar aquí el concepto lingüístico de «fonema», tal como lo ha desarrollado Jacobson, es decir, que las significaciones pueden ser distintas según diferentes maneras de combinar elementos.

La idea de contingencia se refiere a que las cosas podían haber transcurrido de modo distinto a como han tenido efectivamente lugar: «En realidad, la historia está llena de posibilidades abortadas, de acontecimientos que no han tenido lugar —escribe Paul Veyne—; nadie será historiador, si no siente alrededor de la historia que realmente ha tenido lugar una multitud indefinida de historias posibles»¹³⁶, de «cosas que hubieran podido ser de otra manera (...). El riesgo más grande que amenaza al historiador —dice T. Schneider— es la historia como justificación de lo que ha sido»¹³⁷. Un interesante, aunque discutido, intento de mostrar la fecundidad interpretativa de la noción de contingencia, lo constituye la utilización, por la *New Economic History*, de «hipótesis alternativas» —en definitiva, de la «simulación histórica»— como medio de control de las explicaciones causales¹³⁸. Es, en definitiva, el carácter contingente de la realidad lo que lleva a Hayek a rechazar el «constructivismo», es decir, la idea de que las estructuras sociales han sido primeramente concebidas por el espíritu humano y plasmadas después en la realidad, de acuerdo con un esquema ideal. En rigor, entiende el gran pensador austríaco, hay un pro-

¹³⁴ K. R. POPPER: *La sociedad abierta...*, p. 423.

¹³⁵ Para Merton, la ambivalencia sociológica, en su sentido más amplio, contempla «las expectativas incompatibles que con carácter normativo se asignan a las actitudes, creencias y comportamientos ligados a un *status* (es decir, una posición social) o a un grupo de *status* en una sociedad. En su sentido más restringido, la ambivalencia sociológica hace referencia a las expectativas incompatibles que con valor de normas están incorporadas a un determinado cometido o a un determinado *status* social». Robert K. MERTON: *Ambivalencia sociológica y otros ensayos*, Madrid, 1980, p. 19. Cfr., también, el prólogo de Pedro Lain a las *Obras completas* de Gregorio Marañón.

¹³⁶ Paul VEYNE: *Op. cit.*, pp. 137-138.

¹³⁷ *Ibidem*, p. 138.

¹³⁸ Cfr., especialmente, R. W. FOGEL: *Railroads and Economic Growth. Essays on Econometric History*, Baltimore, 1964.

ceso de evolución espontánea extremadamente complejo, siendo las instituciones producto más de la acción humana que de un previo diseño cartesiano¹³⁹. Y, en fin, la idea del «misterio» de la Historia, no desprovista, sin embargo, de sentido, está siempre presente en toda la obra de un gran historiador cristiano como Marrou¹⁴⁰.

d) *Hombres y estructuras*

La existencia, cierta, además de su interés como construcciones científicas, de lo que cabe definir como «realidades estructurales», no debe llevar —es el problema del estructuralismo, marxista o no— a olvidar a los hombres. Como observa Veyne, quizá reduciendo excesivamente el peso de las estructuras sobre el individuo, mas no sin razón: «La resistencia de lo real, la lentitud de la historia respecto a cada uno de los hombres, no depende de las infraestructuras, sino de todos los demás hombres (...). Por eso uno de los procesos sociales más frecuentes es el que es capaz de desmentir todas las previsiones y explicaciones causales porque es anticipación: el anuncio de una acción que va a ser emprendida por los demás modifica los datos sobre los que cada uno fundaba sus esperanzas y le lleva a cambiar sus planes»¹⁴¹. En este sentido ni la presión estructural ni el pretendido determinismo de las «leyes de la historia» alcanzan a desvanecer la libertad y la responsabilidad de los hombres, de donde debe concluirse la improcedencia de aquella concepción, formalmente muy extendida, según la cual el historiador debe limitarse a comprender y a explicar, no a emitir veredictos, no a juzgar. Como escribe Berlin, «se nos dice también que como historiadores nuestra tarea es describir, digamos, las grandes revoluciones de nuestro propio tiempo sin llegar a insinuar que ciertos individuos envueltos en ellas no meramente causaron, sino que fueron responsables por una gran miseria y destrucción, usando tales palabras según las normas, no sólo del siglo xx, que pronto pasará, o de nuestra declinante sociedad capitalista, sino de la raza humana en todas las épocas y en todos los lugares en que la hemos conocido; y se nos dice luego que debemos practicar tal objetividad por respeto a algún imaginario canon científico que distingue entre hechos y valores muy agudamente, tan agudamente que nos capacita

¹³⁹ «Friedrik Hayek on la route de la liberté». Entretien en *L'Express* (20 décembre 1980), pp. 92-101.

¹⁴⁰ Cfr. *El conocimiento histórico*, Madrid, 1968.

¹⁴¹ Veyne refiere el caso de un joven historiador, «aristotélico sin saberlo», quien, «con la vivacidad de su edad», sostenía que «cualquier proposición histórica en la que no se puedan colocar las palabras, las cosas o la gente, sino solamente abstracciones como "mentalidad" o "burguesía", tienen posibilidades de ser una pamplina (...). Las abstracciones no pueden ser causas eficientes porque no existen». *Op. cit.*, pp. 131 y 145-146.

para considerar a los primeros como objetivos, «inexorables» y, por consiguiente, autojustificantes, y, a los últimos, meramente como una glosa subjetiva de los hechos —debida al momento, al medio, al temperamento individual— y, consiguientemente, indigna de estudiosos serios, del grande y rígido edificio de la desapasionada construcción histórica. A esto sólo podemos contestar que aceptar esta doctrina, es violentar las normas básicas de nuestra moralidad, tergiversar nuestro sentido de nuestro pasado e ignorar los más generales conceptos y categorías del pensamiento normal. Llegará un momento en que los hombres se asombrarán por el hecho de que este punto de vista, que combina una incomprensión de los métodos empíricos con un cinismo exagerado hasta el grado de la excentricidad, haya podido alcanzar nunca una fama y una influencia y una respetabilidad tan notables»¹⁴². Pensar, pues, que la historia tiene una particular conceptualización que excluye los juicios morales, supone ignorar su naturaleza a la vez que dar de lado al sentido común.

Desde estas consideraciones previas, vuelvo a plantear el problema inicial: ¿Es posible una ciencia de la Historia?

Hay que decir, ante todo, que hoy día —aunque, quizás, la situación empieza a cambiar— la ciencia está lejos de tener el prestigio que alcanzó el siglo pasado: «La ciencia ha sido la gran promesa del siglo XIX, y el socialismo científico» la promesa de las promesas. Es probable que Clavel¹⁴³ tenga razón: estamos asistiendo a la caída de una ambición racionalista que, quizá, sólo haya sido un enmascaramiento sustitutivo del hecho religioso»¹⁴⁴. De aquí, que no falten posturas de rechazo. Quizá la más extrema sea la de Paul Veyne, para quien, en primer lugar, el conocimiento histórico nace de una actividad puramente intelectual y no expresa (o no expresa necesariamente) los valores de una época, y, en segundo lugar, en abierta oposición a Berlin, frente a «La ciencia (que) parte de las leyes que ha descubierto y sólo conoce los aspectos de lo concreto que corresponden a estas leyes: la física resuelve problemas de física. La historia, por el contrario, parte de la trama que ha elegido y su tarea consiste en hacerla comprender toda entera, en vez de hacerse un problema a medida». Comprender y explicar, no juzgar es la tarea del historiador, porque «la historia consiste en decir lo que ha acontecido y no en juzgar, con gesto platónico, si lo que ha acontecido está bien o mal»¹⁴⁵.

¹⁴² I. BERLIN: *Op. cit.*, p. 107.

¹⁴³ Maurice Clavel, filósofo, ensayista, novelista, guionista de cine... Uno de los más importantes entre los intelectuales católicos franceses, fallecido hace poco. Cfr. François GACHOUD: *Maurice Clavel, du glaive a la foi*, P. V. F., 1982.

¹⁴⁴ F. FURET: *Op. cit.*

¹⁴⁵ P. VEYNE: *Op. cit.*, pp. 131 y ss. Para una crítica de Veyne, cfr. Raymond ARON: «Comment l'historien écrit l'épistémologie. A propos du livre de Paul Veyne», en *Annales*, E. C. S. (noviembre-diciembre 1971).

En la misma línea negativa de un saber científico histórico están los que afirman —y es un planteamiento no carente de interés— que al final de la tarea histórica está el hombre que la ha realizado: «el estudio de la historia es básicamente una manera de descubrirnos a nosotros mismos tal como nos manifestamos en nuestros juicios acerca del pasado», residiendo las diferencias entre la historiografía de la última parte del siglo XVIII —estas afirmaciones se hacían en el Coloquio organizado hace algunos años por las Universidades de Berkeley y Los Angeles en torno a la obra de Gibbon— y la actual «no reside tanto en los nuevos hechos revelados por fuentes entonces insospechadas, como en el cambio de la mentalidad de los historiadores»¹⁴⁶. Y, como ya dije antes, ha sido muy importante la influencia de Michel Foucault en la «historificación» de la historia: «Il a appris aux historiens —dijo Le Goff en un coloquio radiofónico en París sobre el tema, hace algún tiempo— que le discours de l'histoire fait partie de l'histoire», añadiendo Duby: «Puisque, pas plus que le linguiste, je ne pose librement de questions, je n'interprète librement de réponses. Les résultats de mon enquête sont sans doute prédéterminés par le codage d'une programmation dont je ne suis pas pleinement conscient. D'où la nécessité d'observer l'observateur lui-même (...), de faire l'histoire des historiens.»

Parece posible, sin embargo, fundamentar una concepción científica de la Historia. Así, de una parte, como ha establecido Popper, la metodología histórica es, esencialmente, la misma que las de las ciencias naturales, es decir, se trata de ofrecer una explicación causal deductiva y de experimentarla o comprobarla, bien entendido que si el desacuerdo entre hipótesis y verificación implica la refutación de aquello, la conformidad supone una corroboración, mas no una prueba formal¹⁴⁷. Ninguna interpretación histórica puede, por tanto, tener el carácter de definitiva. Por otro lado, el rechazo de las leyes históricas no debe llevarnos a reducir la Historia a la descripción de acontecimientos singulares y específicos, como, no sin alguna ambigüedad, parece hacer Popper¹⁴⁸. En efecto, partiendo de que toda ciencia es un sistema de conceptos interrelacionados con los que se trata de explicar un sector de la realidad mediante la formulación de generalizaciones de diverso tipo y teniendo en cuenta, además, el carácter concurrente de la Historia y de la Sociología, especialmente en el enfoque sociológico-histórico, la diferenciación entre una y otra disciplina no consiste en afirmar que el historiador describe hechos singulares y el sociólogos generalizaciones, pues es muy cierto que muchos

¹⁴⁶ Cfr. L. WHITE, Jr. ed.: *The Transformations of the Roman World: Gibbon's Problem After Two Centuries*, cit. por F. CATALANO: *Op. cit.*, pp. 31 y ss.

¹⁴⁷ K. R. POPPER: *La miseria...*, pp. 159 y ss.

¹⁴⁸ *Ibidem*, pp. 174 y ss.

sociólogos se preocupan exclusivamente por el análisis de hechos singulares, mientras que aquéllas abundan en los historiadores, habiendo establecido tipologías de las mismas sociólogos como Morris Ginsberg¹⁴⁹ e historiadores como M. J. Finley¹⁵⁰, deben señalarse las manifiestas posibilidades científicas de la historia, siquiera tales generalizaciones haya que entenderlas no como leyes, en el sentido que éstas tienen en el campo de las ciencias de la naturaleza, sino como tendencias: por ejemplo, los diferentes análisis sobre los orígenes del capitalismo o la diferenciación de etapas en el desarrollo económico. Hay que destacar la, según creo, casi absoluta escasez de intentos llevados a cabo por los historiadores, con alguna excepción, como he dicho, de recoger de manera sistemática y de valorar las generalizaciones establecidas.

No se agota, sin embargo, en su dimensión científica, el interés que la Historia presenta para la vida de los hombres. La Historia, ciertamente, no parece tener sentido, lo que no supone, como dice Popper, «que todo lo que nos queda por hacer sea mirar horrorizados la historia del poder político o que hayamos de considerarla una broma cruel. En efecto, es posible interpretarla con la vista puesta en aquellos problemas del poder político, cuya solución nos parezca necesario intentar en nuestro tiempo. Es posible interpretar la historia del poder político, desde el punto de vista de nuestra lucha por la sociedad abierta, por la primacía de la razón, de la justicia, de la libertad, de la igualdad y por el control de la delincuencia internacional. Si bien la Historia carece de fines, podemos imponérselos»¹⁵¹, mas esta Historia, carente de otro significado cierto distinto del que nosotros le demos, nos permite «comprender» las acciones de los hombres¹⁵², acciones orientadas por un sentido. La «comprensión» será, para Max Weber, el método de la acción basado en la relativa universalidad de los comportamientos —recuérdese el concepto popperiano de la «lógica de la situación histórica»— y su comunicación relativa a los hombres que viven en sociedad¹⁵³. En esta línea, Collingwood veía la Historia como una «ciencia de los asuntos humanos», no en el sentido de identificarla

¹⁴⁹ M. GINSBERG: «The Problem and Methods of Sociology», en *Reason and Unreason in Sociology*, Londres, 1947.

¹⁵⁰ M. J. FINLEY, en *Generalization in The Writing of History*, ed. L. Gottschalk, Chicago, 1963, pp. 19 y ss.

¹⁵¹ K. R. POPPER: *La sociedad abierta...*, p. 438.

¹⁵² Dice Braudel: «(...) lo importante no es solamente Felipe II, son los españoles de su tiempo y todo lo que ha significado esa masa de historias, muchas de las cuales están un poco "mudas" hoy. No se pueden oír todas las voces; pero han vivido!» Javier LÓPEZ LINAGE: «La Historia no es pasado. Entrevista con Fernand Braudel», en *Cuadernos para el Diálogo*, 16 de abril de 1977, páginas 54-57.

¹⁵³ Cfr. Max WEBER: *Fundamentos metodológicos de la Sociología*, Barcelona, 1972, pp. 51 y ss.

con las ciencias de la naturaleza, sino en cuanto disciplina capaz de conseguir que los hombres aprendieran «a enfrentarse con las situaciones humanas que las ciencias naturales les han dado para enfrentarse a situaciones del mundo de la Naturaleza», lo que, en definitiva, significaba una «comprensión» de las acciones humanas, de acuerdo con dos principios: el primero establece que la Historia no es un pasado muerto, sino un proceso vivo y, por tanto, se vive en el presente, y el segundo, que «puesto que la Historia propiamente dicha es la historia del pensamiento, no hay meros "hechos" en la historia: lo que malamente se llama "hechos" es realmente acción que expresa algún pensamiento (intención, propósito) de su agente; por tanto, la tarea del historiador es identificar este pensamiento»¹⁵⁴. Por tanto, junto a la búsqueda de la explicación, es perfectamente válido el recurso a la «comprensión»¹⁵⁵.

En fin, para Witold Kula —se trata de una concepción de la Historia que, entiendo, reviste un singular interés—, una de las principales tareas del historiador consiste «en un esfuerzo, continuamente renovado, para lograr una comprensión cálida de todos los valores creados por los hombres y alcanzar de ese modo la comprensión de la totalidad de las sociedades»¹⁵⁶.

Se trataría, pues, en definitiva, de restaurar al hombre como centro de la especulación histórica, de recuperar el sentido de la política: el Estado no es necesariamente un mal —aunque el «estatismo» o su desmesurado crecimiento sí lo sea—, se origina en el instinto social del hombre y debe ser considerado un instrumento para construir un orden jurídico justo, y de rectificar un cierto modo, creo que bastante generalizado, de enseñar hoy día la Historia, en el que se infravalora, al menos, el valor inestimable de la «sociedad abierta», esto es, de la democracia liberal occidental.

¹⁵⁴ R. L. COLLINGWOOD: *Autobiografía*, México, 1953, pp. 100 y ss. y 117 y ss. Cfr. Julio CARO BAROJA: «La Historia que no sirve para nada», en *El País*, 13 de octubre de 1977, p. 7.

¹⁵⁵ «Sería ciertamente ilusorio creer que la verdad reside inequívocamente en una de estos dos posiciones opuestas. Al decir esto no estoy pensando en la trivialidad de que ambas posturas son parcialmente verdaderas y cabe llegar a un compromiso en algunos puntos. Puede que así sea. Pero también existe una confrontación de base, al margen de la posibilidad tanto de reconciliación como de refutación —incluso, en cierto modo, al margen de la verdad— que se funda en la elección de conceptos primitivos, básicos para la argumentación en su conjunto. Podrá calificarse esta elección de "existencial". Consiste en la opción por un punto de vista no susceptible de ulterior fundamento (...). No falta, sin embargo, diálogo entre ambas posiciones y aun una especie de progreso.» Gerg VON WRIGHT: *Explicación y comprensión*, Madrid, 1980, p. 55.

¹⁵⁶ Cit. por F. CATALANO: *Op. cit.*, p. 36.